



Artículos

El conflicto palestino-israelí y el Medio Oriente en la era Trump: continuidades y rupturas, identidades y alteridades en la seguridad internacional.

Ignacio Rullansky

En este artículo se analizará de qué manera la asunción de Donald J. Trump como Presidente de los Estados Unidos, en enero de 2017, introduce una nueva política exterior con respecto al Medio Oriente. En tal sentido, indagaremos de manera exploratoria, en las modalidades con que la reorientación, la continuidad, y el exacerbamiento de determinados rasgos constituye un factor que desde comienzo de año ha provocado mutaciones en las respectivas políticas exteriores de determinados países meso-orientales. Aquí, nos centraremos en aprehender los rasgos que asume actualmente el conflicto palestino-israelí en razón del contexto que se abre con la presidencia de Trump, comenzando por trazar un breve análisis comparativo respecto a las últimas medidas adoptadas por el saliente Presidente Barack Obama.

El gesto de despedida de Obama al gobierno israelí: la abstención del veto a la Resolución 2334 del Consejo de Seguridad de la ONU.

Dentro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el derecho a ejercer el veto sobre alguna resolución del organismo está reservado a cinco grandes potencias, en virtud del papel histórico que desempeñaron durante la Segunda Guerra Mundial y, especialmente, en el período fundacional de la ONU. Se trata, pues, de los grandes poderes aliados que combatieron a aquellos agrupados en el Eje: China, Estados Unidos, Francia, el Reino Unido y Rusia.

Un rasgo que caracteriza la historia de las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y el Estado de Israel, en el ámbito del Consejo de Seguridad, es que de manera indeclinable, el primero ha ejercido su derecho al veto sobre resoluciones que afectarían al segundo. Tal es así, que el posicionamiento norteamericano sobre esta cuestión se institucionalizó en la llamada “doctrina Negroponte”, que toma su nombre del embajador estadounidense en la ONU John Negroponte (2001-2004), quien dispuso que el gobierno de los Estados Unidos consideraría votar favorablemente una resolución que diese un tratamiento justo con los intereses del Estado de Israel, siempre y cuando se incluyesen en el documento cláusulas dirigidas a condenar el terrorismo y organizaciones del Islam político asociadas a él. Esta doctrina se elaboró durante el go-

bierno de George W. Bush e instruyó, además, que los Estados Unidos no vetarían una resolución que, incorporando dichas condenas, propugnase un proceso de paz y reconciliación entre las partes.

Podría decirse que esta tradición fue indeclinable desde la década de 1970, cuando Estados Unidos empleó su derecho al veto por primera vez el 23 de diciembre de 2016, cuando el gobierno del saliente Presidente Barack Obama se abstuvo de vetar la Resolución 23344. En concreto, este documento condenó la política de expansión de asentamientos israelíes en los Territorios Ocupados y en Jerusalén Este, urgiendo su congelamiento y desmantelamiento completo e inmediato. De los 15 miembros del Consejo, catorce votaron a favor de la Resolución; Estados Unidos, en lugar de proteger a Israel de las implicancias de semejantes iniciativas, optó por adoptar una posición inédita al abstenerse.

Samantha Power, embajadora estadounidense en la ONU, pronunció un discurso al terminar la votación donde señaló que la abstención obedeció a que su país oficialmente rechazaba que el texto se refiriese a la totalidad de los asentamientos israelíes, considerando inviable una solución de dos Estados que comprendiera dicho criterio. Asimismo, Power justificó el voto de abstención remitiéndose a la postura tradicional norteamericana de objetar la política expansionista israelí sobre territorios donde podría establecerse un Estado palestino.

Si nos preguntamos qué hay de aquella tradición a la que se refirió Power en la política exterior de Barack Obama hacia Israel y el conflicto palestino-israelí, podríamos comenzar considerando algunas variables. Para empezar, la administración de Obama favoreció una solución de dos Estados que en términos generales requería, por un lado, el cese de la expansión de los asentamientos y, por otro, el prospectivo desarme de los movimientos comprendidos dentro de la resistencia palestina que, por cierto, no están vinculados a al-Fatah, el partido que preside Abbas, ni responden a él. Temas más específicos a tratar como cuestiones territoriales y precisiones limítrofes, la liberación de prisioneros y el retorno de refugiados palestinos, el problema de Jerusalén como capital de uno, otro o ambos Estados, y el bloqueo de Gaza, quedarían subsumidos en el abordaje mayor de esos dos grandes ejes. Para abordar estas cuestiones se organizaron diferentes misiones e iniciativas que incluyeron a los ex Secretarios de Estado de Obama: Hillary Clinton (2009-2013) y John Kerry (2013-2017). Sin embargo, todas estas iniciativas fracasaron una tras otra.

La administración de Obama asumió la compleja tarea de mediar entre israelíes y palestinos en un convulsionado período, pleno de enfrentamientos, cuyos máximos episodios se cristalizaron en el Operativo "Plomo Fundido" (2009-2009), los sucesivos enfrentamientos que se encadenaron entre 2010 y 2012 y alcanzaron su clímax con el Operativo "Pilar de Defensa" (2012), llegando al más grave de todos ellos con el Operativo "Margen Protector" (2014), de devastadoras consecuencias para la población palestina de Gaza y para la imagen del Estado israelí en el exterior, a la vez que alteró la seguridad interna suscitando una oleada de atentados terroristas bajo nuevas modalidades que alarmaron a la sociedad y a las autoridades israelíes. En suma, el fracaso de las mediaciones iniciadas en múltiples oportunidades por, por ejemplo, John Kerry, se explican dentro de un contexto en el cual el despliegue de violencia entre las partes era no sólo recurrente, sino característica del conflicto: la estrategia de la resistencia "muqawama", por parte de Hamas y grupos menores, se enfrentó a la creciente sofisticación de maniobras militares que los propios sectores castrenses israelíes denominaron como "podar el césped". Esta última estrategia apunta a neutralizar la capacidad de ataque y de maniobra del enemigo llevándola a su mínima expresión de manera de evitar su crecimiento: si bien no se elimina definitivamente al oponente, se reduce su poder bélico a un margen sostenible.

Desde el lado israelí, la articulación de dispositivos y tecnologías de seguridad diseñadas para anticipar ataques y crear efectos disuasivos en la actitud del enemigo, se complementó en el plano político con un endurecimiento de posiciones partidarias e ideológicas de derecha, que propugnaron la expansión de los asentamientos en Cisjordania y afianzaron el proceso de judaización de Jerusalén Este. Además, Netanyahu y Abbas manifestaron su mutua desconfianza en los esfuerzos de presión de lobby que uno y otro ejercieron en lo diplomático, fuese ya granjeando apoyo para el reconocimiento de un Estado Palestino por parte de terceros Estados en particular como también por parte de agencias de la ONU, o la admisión de Palesti-

na en la Corte Penal Internacional, como del otro lado, intentos por bloquear y contrarrestar dichas iniciativas.

En medio de este panorama, las autoridades norteamericanas chocaron reiteradamente contra la intransigencia del gobierno de Netanyahu respecto a las condiciones mínimas para negociar, lo que se tradujo en diferencias personales entre el entonces Presidente Obama y el Primer Ministro Netanyahu que alcanzaron notoria publicidad y en que, como consecuencia de todos estos factores, la relación bilateral entre ambos países se viera severamente deteriorada. No obstante, los Estados Unidos no dejaron de vetar resoluciones contrarias a Israel, ni de apoyar económicamente el desarrollo de sus sistemas de seguridad: las últimas semanas del gobierno de Obama contradirían parte de esta aseveración, refrendando la otra.

Como ya dijimos, en el seno del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el gobierno de Obama introdujo una ruptura al pronunciar la primera abstención de su país con respecto a resoluciones relativas a Israel. Por su parte, el entonces Presidente-electo, Donald Trump, manifestó que la Resolución 2334 perjudicaba los intereses israelíes y mantuvo que las negociaciones debían mantenerse entre las partes y no a través de la ONU. A propósito de esto, la influencia de Trump fue fundamental para modificar la postura de Egipto, promotor del borrador de la Resolución. Así lo expresó la propia oficina de la presidencia de este país: precisamente, el general Abdel Fatah al-Sissi, Presidente egipcio, abogó por posponer la votación para dar tiempo al gobierno israelí de revertir el posible resultado a través de una intensa campaña de lobby que, como ya se indicó, no fue exitosa.

En diciembre de 2016, Netanyahu tuvo fuertes cruces con John Kerry quien criticó más fuerte que nunca la política de expansión de los asentamientos israelíes a la vez que Danny Danon, embajador israelí en la ONU, rechazó enérgicamente la Resolución que, en sí misma, no tiene un carácter vinculante ni implica medidas ni sanciones concretas para el Estado de Israel. En resumidas cuentas, se trató de la consolidación de un consenso en una de las cámaras más importantes de la ONU respecto a la política de asentamientos, cuya condición de posibilidad fue el viraje en la posición norteamericana que, por cuatro décadas, mantuvo a raya la aprobación de documentos similares haciendo uso de su veto en el Consejo de Seguridad.

De todos modos, aquella otra parte de nuestra afirmación previa que sí puede ser refrendada es que la Cámara de Representantes de los Estados Unidos aprobó con 342 votos afirmativos frente a 80 negativos, la Resolución 11, la cual repudió a la Resolución 2334 de la ONU. Celebrado por la organización lobbista de derecha, AIPAC (The American Israel Public Affairs Committee), y por el gobierno israelí, decidimos detenernos en este gesto para dar cuenta de lo siguiente. Antes que nada, esto comprueba una suerte de independencia de poderes en la cual puede apreciarse que el Congreso no necesariamente se halla alineado a la postura del Presidente y que, ni siquiera un hecho tal como la abstención en el Consejo de Seguridad basta para caracterizar o resumir en su totalidad, el posicionamiento que asume el gobierno de un país con respecto a otro. Si podemos reconocer que la abstención, como hecho político, dice algo acerca del desgaste de las relaciones bilaterales entre ambos países, también nos da una idea de su medida.

En segundo lugar, que al margen de la independencia de poderes, también debe sub-rayarse la diferencia que entraña a la praxis de autoridades políticas que operan en ámbitos de orden diferente, es decir, nacional e internacional. Más aún, también debe notarse que la posición de la Cámara de Representantes, que repudia explícitamente o que surge como rechazo a la postura que el gobierno de Obama plasmó dentro del Consejo de Seguridad, no necesariamente debe leerse diametralmente como un rechazo a su gobierno o como compatible o alineada con la que adoptaría Trump que, por cierto, en aquel momento no estaba delineada y, por cierto, hoy tampoco es del todo clara. Del mismo modo, la abstención a vetar la nombrada resolución tampoco resume la totalidad de la posición de Obama, quien tan sólo meses antes de adoptar dicha decisión, en septiembre de 2016, firmó con Netanyahu un memorándum de entendimiento por el cual se acordó que los Estados Unidos aportarían a Israel la suma de 38 mil millones de dólares a lo largo de diez años, desde 2019 hasta 2028, como dejó trascender Susan Rice, entonces Consultora de Seguridad Nacional en Washington. De acuerdo a Rice, el gobierno de Barack Obama se complacía en proporcionar esta suma, destacando que ningún otro gobierno estadounidense hizo tanto para fortalecer la defensa de Israel.

Además, el propio Obama añadió que esta ayuda sería una significativa contribución para que Israel haga frente a las múltiples amenazas que presenta un contexto regional tan fuertemente atravesado por la guerra. Asimismo, Obama no dejó de resaltar que este compromiso no excluía la pretensión de lograr un acuerdo en torno al conflicto palestino-israelí. Más aún, el entonces Presidente de los Estados Unidos sostuvo que la institución de un Estado palestino es la mayor condición de posibilidad para que Israel pueda ser un Estado judío democrático y viable.

Para concluir, la Resolución 11 tendrá un carácter simbólico, pero se enlaza en la inmediatez y en el corto plazo de un momento de plena transición entre dos períodos presidenciales: la aprobación de las resoluciones 2334 y 11 y la asunción de Trump están escasamente separadas entre sí por días. Vale la pena apreciar esta suerte de transversalidad existente entre los poderes para apreciar la complejidad del carácter republicano del sistema político estadounidense.

De la diplomacia de carrera al nepotismo, ¿de Oslo a la ambigüedad estratégica? Primeros gestos de Trump en torno al conflicto palestino-israelí.

En línea con estas observaciones, y a pesar de la proximidad temporal con los acontecimientos, la asunción del republicano Donald J. Trump como Presidente norteamericano constituye un hito político que, en virtud de la posición central que ocupa su país en la red de relaciones de fuerza de la comunidad internacional, imprime un sello distintivo en relación a su antecesor. Efectivamente, tomando el recaudo metodológico de no anticipar mayores conclusiones que las que introduciremos a continuación, podemos adelantar que sí existen cambios notables con respecto a la orientación de la política exterior norteamericana hacia el Medio Oriente y, como nos ocupamos de observar aquí en particular, en torno al conflicto palestino-israelí.

El 15 de febrero, menos de un mes después de que Trump jurara como nuevo Presidente de los Estados Unidos, Benjamín Netanyahu fue recibido en la Casa Blanca y ambos mandatarios dieron una conferencia de prensa. Al abrirse el espacio para preguntas, el flamante Presidente fue directamente confrontado sobre su posición acerca del conflicto y la cuestión de qué alternativa apoyaría – una solución de uno o de dos Estados – se convirtió en un tema clave que repercutió fuertemente en los medios de comunicación y en la mirada de analistas de todo el mundo. Esto se debe a un par de razones que nos permiten marcar algunas transformaciones distintivas respecto a la política norteamericana sobre este punto durante la era Obama.

La respuesta de Trump a aquella pregunta, qué tipo de solución favorecería, fue vacilante y demostró escasa elaboración, revelando hasta qué punto el nuevo Presidente norteamericano podría no haber tomado una posición clara sobre el asunto. A continuación, un fragmento de su respuesta que ejemplifica este gesto de ambigüedad:

“Así que estoy observando un Estado y dos Estados, y me gusta la opción que a las dos partes les guste. (Risas). Estoy muy contento con la opción que a ambas partes les guste. Puedo vivir con cualquiera de ellas”.

En su mayoría, los medios de comunicación resaltaron el estilo de su respuesta y su falta de argumento como rasgos con los que Trump erosiona la autoridad presidencial para abordar asuntos de semejante importancia en la agenda internacional de Estados Unidos. Por lo tanto, al no asegurar que el presidente de los Estados Unidos es una autoridad confiable para actuar como un mediador justo en asuntos de esta relevancia, Trump también perjudica la capacidad del Estado para retener gran parte de su papel como una potencia líder internacional.

Como segundo factor, en esta oportunidad Trump contestó amparándose fuertemente en Netanyahu: en su relación personal y su reacción con respecto a las acusaciones antisemitas a Trump y su gabinete. Reflejando el nepotismo practicado a través de su decisión de nombrar a su yerno, Jared Kushner, como alto asesor de la Casa Blanca, y más tarde, de encargarlo de intermediar un acuerdo de paz entre israelíes y palestinos sin importar el hecho que no esté familiarizado ni capacitado en la diplomacia, Trump personalizó sus posiciones políticas sobre el conflicto dependiendo de su relación con Netanyahu, en lugar de insistir en las capacidades políticas y técnicas para concebir nuevas negociaciones tendientes a una posible solución. Así, en la narrativa general de Trump, si no fuera por la dimensión carismática de su liderazgo, sus designa-

dos y sus interlocutores no estarían situados de la misma manera: él, ocupando un puesto desde el cual se ve en condiciones de producir cambios significativos; los últimos, contando con habilidades personales inherentes que los vuelven "indispensables" en su gabinete.

Aunque es importante notar cómo Trump enmarca su propio posicionamiento en estos asuntos -que bien puede aplicarse tanto a la agenda local como a la internacional- es relevante observar que al confiar en conocidos y relaciones personales, en este caso, la decisión de optar o empujar una solución de uno o dos estados - condensada en la opción de los "más felices", aduciendo que la conformidad de las partes es factible de alcanzarse en las condiciones de desigualdad en que se halla sumida - estaba limitada a un enfoque unilateral del conflicto. Por muy obvio que sea, no hubo al menos hasta aquel entonces una ceremonia o gesto similar equivalente para con el presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Mahmoud Abbas, que, a pesar de que su autoridad es públicamente disputada en todo el campo palestino (incluso dentro de su partido, Fatah), ha sido el interlocutor considerado legítimo entre los palestinos por las Naciones Unidas y Estados de todo el mundo.

De aquí en adelante, se podría argumentar que el goce de una relación personal con el actual presidente de los Estados Unidos debe entenderse ahora como un capital social que se traducirá explícitamente en una palanca política, aun cuando algunos compromisos deberían introducirse en cualquier acuerdo alcanzado. Como Trump claramente exigió al abordar el tema de la política israelí hacia los asentamientos:

"En cuanto a los asentamientos, me gustaría verlo [al Primer Ministro Netanyahu] detener los asentamientos un poco. Trabajaremos en algo. Pero me gustaría ver un acuerdo. Creo que se hará un trato. Sé que a todos los presidentes les gustaría. La mayoría de ellos no han comenzado hasta tarde porque nunca pensaron que era posible. Y no fue posible porque no lo hicieron. "

En contrapartida, la falta de una relación personal con Donald Trump podría, en consecuencia, relegar a un líder una posición marginalizada dentro de la actual red de relaciones de poder. Sobre este punto, podemos analizar cómo se arriba a un factor anterior: la posición adoptada por el propio Trump, si se ha inclinado ante posición alguna, cualquiera fuese, sobre el conflicto. Como Trump afirmó, parece que el Presidente de los Estados Unidos está abierto a cualquier opción que ambas partes acuerden, a pesar de lo desigual que su papel como negociador será manejado debido a los hechos mencionados. Al establecer que consideraría múltiples opciones como una forma de poner fin al conflicto duradero, es decir, que favorecería una solución de uno o dos Estados según la contingencia, Trump produjo una ruptura, una brecha en una larga tradición asumida por los presidentes de los Estados Unidos desde la era de los Acuerdos de Oslo: es decir, una que favoreció firmemente una solución de dos Estados.

Si Obama demostró que la tradición del uso del derecho al veto en el Consejo de Seguridad de la ONU no era necesariamente tan inamovible como parecía demostrarlo la institución de la doctrina Negroponte, en febrero de 2017, Trump hizo lo propio con Oslo. La variable de las relaciones personales entre mandatarios estadounidenses e israelíes no basta para explicar la propensión de uno u otro Presidente norteamericano para favorecer o confrontar con el Primer Ministro Netanyahu, ni mucho menos para delinear un posicionamiento. Sin embargo, este factor no deja de formar parte de un estilo de gobierno proclive a reposar la autoridad del líder en una relación de dominación de tipo carismática, como ya dijimos, marcada por la investidura institucional de familiares, socios o personas cercanas a Trump dentro de su gabinete de gobierno como ocurre con Kushner y, por ejemplo, como veremos luego, con Jason Greenblat, Representante Especial de los Estados Unidos para Negociaciones Internacionales. En el plano de las relaciones exteriores, entre Trump y personalidades como Benjamin Netanyahu y, como explicaremos más adelante, con el Rey Abdúlá II de Jordania.

Por último, pero no por ello menos importante, y como si todo esto no fuera suficiente para entender que estamos entrando en una nueva etapa del conflicto palestino-israelí, las expresiones públicas de Trump sobre su intención de trasladar la embajada estadounidense de Tel Aviv a Jerusalén implican un reconocimiento de las reivindicaciones israelíes sobre la ciudad como la capital indivisa y eterna del Estado. Llegado a este punto, podríamos sugerir que, la improvisación e ignorancia a la sutileza del asunto de la solución

por uno o dos Estados que manifestó la conformidad de Trump con la opción que hiciera “más feliz” a las partes, se reviste de una ambigüedad que puede encarnar más que desconocimiento e impericia, de un entendimiento diferente al de la gestión de Obama sobre cómo conducirse respecto a las negociaciones: o bien se cuenta con una posición cerrada o se deja abierta la interrogante, pero la ambigüedad estratégica habilita futuras maniobras evitando posiciones rígidas y ya sofocadas, como las que caracterizaron las infructuosas misiones capitaneadas por John Kerry.

La posición norteamericana en torno a la soberanía israelí: pronunciamiento en organismos internacionales y política sobre los Territorios Ocupados.

En este apartado reseñaremos dos variables de la posición norteamericana con respecto al Estado de Israel para intentar discernir los rasgos que se halla asumiendo, en esta etapa inicial, el gobierno de Trump: su apoyo a los intereses israelíes en organismos internacionales y el pronunciamiento respecto a la expansión de los asentamientos en los Territorios Ocupados. Articulando ambas cuestiones, tomaremos como caso la publicación de un informe por parte de la Comisión Económica y Social para Asia Occidental de las Naciones Unidas, que caracterizó a Israel como un Estado de apartheid. Por primera vez en la historia de la ONU, uno de sus organismos se refirió, empleando dicho término, al Estado de Israel.

Rima Jalaf, Secretaria Ejecutiva de la Comisión, refrendó las conclusiones del informe, corolario de una investigación que consideró la perspectiva de académicos y distintos casos como evidencia; Mahmmoud Abbas y Riyad Mansour, embajador palestino en la ONU, celebraron el hecho y agradecieron a Jalaf. En cambio, el embajador israelí en la ONU, Danny Danon, transmitió su disconformidad con el informe a la oficina de la Secretaría General de la ONU, desde la cual el propio Secretario, Antonio Guterres y su entorno, tomaron distancia de los resultados presentados en dicho documento manifestando que el informe fue presentado sin aprobación o consentimiento de este órgano superior.

Por otro lado, y relevante para nuestra indagación, es que la sucesora de Samantha Power como Embajadora estadounidense en la ONU y ex gobernadora del Estado de Carolina del Sur, la republicana Nikki Haley sumó, categóricamente, su rechazo ante la publicación del informe. Es preciso señalar que dos días después que el informe fuese colgado en el sitio web de la comisión, una vez que Guterres se distanciara del informe, éste fue eliminado de la página. Asimismo, la propia Jalaf renunció dos semanas después a su cargo. El apoyo que manifestó Haley – pro-israelí y desde años, crítica del tratamiento que recibe Israel en la ONU – en dicho episodio es significativo y marca, tal vez, un quiebre con respecto a la era Obama: en todo caso, se trata de una posición más abiertamente favorable a los intereses israelíes e intransigente en cuanto a su defensa en el Consejo de Seguridad. Sin embargo, un particular cruce de gestos por parte de altos funcionarios de Trump permite sugerir que, al margen de una posible ambigüedad estratégica adoptada por el Presidente sobre el tema y de la explícita postura de Nikki Haley, el gobierno actual de los Estados Unidos no posee una visión unificada sobre el conflicto ni sobre cómo abordarlo.

Para fines del mes de mayo del corriente año, Trump programó su primer viaje al Medio Oriente, pautando visitar Arabia Saudita, Israel y Palestina. Ahora bien, antes que el viaje se llevara a cabo, trascendieron declaraciones de portavoces norteamericanos que indicaron que Trump no acompañaría a Netanyahu al Muro de los Lamentos por hallarse en territorio cisjordano, es decir, fuera de la Línea Verde, el límite oficialmente reconocido por las Naciones Unidas entre el Estado de Israel y, prospectivamente, un Estado palestino. Aunque al final esto fuere desmentido y ocurriese efectivamente lo contrario, a mediados de mayo se especuló con qué sucedería en esta esperada visita. Esto ocurrió cuando el gobierno israelí ofreció su colaboración a la comitiva norteamericana instalada en su consulado en Jerusalén, respecto a la seguridad que se desplegaría para una visita conjunta del Primer Ministro Netanyahu y el Presidente Trump al Muro de los Lamentos. Inmediatamente este suceso adquirió publicidad y Netanyahu instruyó a su embajador en Washington, Ron Dermer, a que pidiese explicaciones a la Casa Blanca, desde donde se comunicó que las declaraciones de aquellos diplomáticos consulares no representaban la perspectiva de Trump. No obstante, Herbert Raymond McMaster, Consejero de Seguridad Nacional de Trump aportó mayor polémica sobre el asunto al declinar, reiteradamente, contestar preguntas a los medios acerca de la soberanía israelí sobre

Jerusalén Este, región que, anexada desde la Guerra de los Seis Días en 1967, corresponde actualmente a la jurisdicción de la Municipalidad de Jerusalén. McMaster expresó que la visita de Trump a Jerusalén y al Muro de los Lamentos tendría un carácter simbólico de llamado a la unidad religiosa y no representaba una posición política sobre el conflicto o de reconocimiento soberano alguno.

En cuanto a la especulación del traslado de la embajada norteamericana a Jerusalén, el propio Secretario de Estado norteamericano, Rex Tillerson, expresó que el Presidente no había adoptado una posición dado que no había certeza de cómo dicha medida impactaría en la dinámica de futuras negociaciones de paz entre israelíes y palestinos. Al cruce de todas estas declaraciones, Haley manifestó que Jerusalén debía “obviamente” ser reconocida como capital, plenamente soberana, israelí y que, por consiguiente, la embajada americana en Israel debía trasladarse a Jerusalén. Además, como de esto se desprende, enfatizó que el Muro de los Lamentos sí correspondía a la jurisdicción soberana israelí, independientemente de las cuestiones limítrofes irresueltas, por no decir, del estado de las negociaciones de paz y las demandas de la parte palestina a nivel.

Desde su asunción como Embajadora de los Estados Unidos en la ONU, Haley ha criticado fuertemente al Consejo de Seguridad y al Consejo de Derechos Humanos, denunciando un sesgo fuertemente anti-israelí en ambos organismos, llegando al punto de sugerir, para junio de este año, que su país podría abandonar esta segunda institución. De manera análoga, Nikki Haley se manifestó contraria a la decisión de la UNESCO de declarar la Ciudad Vieja de Hebrón y la Tumba de los Patriarcas como sitio de patrimonio histórico palestino en peligro, desvinculándolo de la identidad israelí. Debemos destacar que, dentro del Consejo de Derechos Humanos, Haley ha criticado también a Arabia Saudita, a pesar que ese país constituya uno de los aliados más importantes de Estados Unidos en el Medio Oriente, y muy especialmente, a pesar que Trump eligiese encontrarse allí con los principales líderes de países árabes y musulmanes, pro-occidentales. Esto por cuanto Haley manifestó contar con el aval de la presidencia para hacerlo. Más aún, debemos subrayar una cuestión: si las declaraciones de Haley son enfáticas y el anuncio de abandonar el Consejo de Derechos Humanos retrotrae a un gesto de la era Bush, su antecesora en el cargo, Samantha Power, también criticó una tendencia dentro de la ONU a efectuar sanciones contra el Estado de Israel en desmedro de otros países, es decir, de manera desmedida.

En suma, podemos concluir que existen gestos y posiciones que independientemente del signo político del gobierno vigente, recorren la política exterior de los Estados Unidos respecto a su política para con el Medio Oriente. Así, aunque dentro del gabinete de Trump no exista una posición unificada en torno al conflicto palestino-israelí, existen rasgos que, en mayor o menor medida, se comparten con gobiernos previos. Para destacar, uno de ellos tiene que ver con que la alineación general de sus posicionamientos y alianzas, – independientemente de los eventuales y posibles deterioros – se sostenga. En segundo lugar, que al margen de dicha toma de posición general, no exista uniformidad de criterios o representaciones dentro de las autoridades políticas que conforman el gabinete de gobierno o, que esto se exprese en términos de transversalidad de poderes republicanos, dando cuenta de la complejidad que resulta para un poder central, diseñar una política exterior que resulte beneficiosa en múltiples sentidos en términos de economía política.

Ahondando más específicamente en la política norteamericana sobre la expansión de los asentamientos, vale la pena recordar que, a mediados del mes de marzo, el Representante Especial de los Estados Unidos para Negociaciones Internacionales, Jason Greenblat, visitó Israel y se entrevistó con miembros del Consejo Yesha, el principal organismo dentro del movimiento colono en el país. Greenblat, hombre de confianza de Trump y quien fuera ejecutivo de la Trump Organization, es asesor del Presidente sobre Israel, a pesar de carecer de experiencia alguna en diplomacia y de conocimientos sobre el Medio Oriente.

En lo que respecta a la reunión que mantuvo con Oded Revivi y Yossi Dagan de Yesha, trascendió tanto por portavoces del gobierno de los Estados Unidos como de esta organización, que se discutió la situación de los asentamientos en los Territorios Ocupados, y que se tocó este tema en la misma línea que expresó el Presidente Trump en su conferencia de prensa conjunta con Netanyahu: propiciando al menos un momentáneo cese en la expansión de estos complejos. Por otro lado, los implicados en la reunión resaltaron

que éste constituyó, según lo evaluaron, el encuentro con autoridades institucionales norteamericanas de más alto rango en la historia de Yesha. Greenblat también se reunió con Mahmoud Abbas, Presidente de la Autoridad Nacional Palestina (ANP), con quien Trump tuvo su primera conversación telefónica también en marzo, y luego con Netanyahu. De esta serie de reuniones y contactos entre autoridades israelíes y palestinas con las estadounidenses, surgieron declaraciones a los medios de todas las partes implicadas en las que vieron con buenos ojos la reanudación de las negociaciones de paz. Sin embargo, a resaltar del encuentro entre Greenblat y los miembros de Yesha, es que una autoridad americana se haya pronunciado por el freno circunstancial de la expansión de los asentamientos y no por su cese y desmantelamiento, como resultaba más enfático durante la administración de Barack Obama. Empero, la misión de Greenblat en Israel y Medio Oriente abre otro apartado de este artículo.

Política exterior norteamericana para el Medio Oriente y correlato en la estrategia militar israelí en el frente sirio.

Como establecimos, el gesto diplomático de Greenblat con Yesha no manifiesta el único sentido en que se produce una mutación en la orientación de la Casa Blanca respecto al conflicto palestino-israelí. Greenblat asistió también a una Cumbre de Estados Árabes celebrada a fin de marzo y auspiciada por el Rey Abdúlá de Jordania, y volvió a reunirse con Abbas, quien expresó tomar en serio la voluntad de Trump de avanzar en la reanudación del proceso de negociaciones. Dejando a un lado las intervenciones de Greenblat y concentrándonos en Trump, debe destacarse que el gobierno norteamericano buscara afianzar su patrocinio como negociador entre las partes al granjearse el acompañamiento de gobiernos de la región, especialmente, de un líder en particular: el Rey Abdúlá.

La primera semana del mes de abril, Abdúlá y Trump se reunieron en la Casa Blanca y discutieron la relevancia del conflicto para la región. En el contexto actual, el gobierno de Abdúlá se encuentra asediado por un alto desempleo y una crisis económica que conmueve a su país desde hace años. Por otro lado, el panorama en Siria – la amenaza latente del Daesh y grupos menores similares y el uso de armas químicas del gobierno de Assad – preocupa a las autoridades jordanas, económica y militarmente incapaces de asumir enfrentamientos directos con algunas de ambas fuerzas. Dadas las circunstancias, para Abdúlá, la normalización de la situación en Israel y Palestina constituye una salvaguarda: asegurar cooperación total entre autoridades israelíes y palestinas para evitar la propagación del Islam político en la región.

El acercamiento de Abdúlá al Vicepresidente norteamericano Mike Pence y al Secretario de Prensa de la Casa Blanca, Sean Spicer, durante el mes de febrero de este año pueden leerse como un intento de incidir en los lineamientos del nuevo gobierno estadounidense en su política exterior sobre el Medio Oriente que se traducen en el apoyo que encuentra Abdúlá en Trump. No sólo distintos analistas concuerdan en que el pedido del gobierno norteamericano al israelí de congelar la expansión de los asentamientos israelíes viene dado por la influencia jordana, sino también la decisión de Trump de ordenar y ejecutar el ataque aéreo del 7 de abril a la base aérea de la ciudad siria de al-Shayrat. Este bombardeo de misiles Tomahawk se realizó sin consulta o autorización parlamentario y constituyó el primer ataque unilateral de los Estados Unidos en Siria desde la irrupción del conflicto en 2011. En dicho contexto, las palabras elogiosas del rey jordano al Presidente de los Estados Unidos en lo que concierne a su posición sobre el conflicto palestino-israelí, entrañan un significado particular.

En marzo, trascendió a los medios que Netanyahu y Trump mantuvieron una conversación telefónica en la que discutieron sobre la política nuclear y la política exterior iraní. Así lo expresó la Oficina del Primer Ministro israelí, cuyo comunicado incluyó también el entendimiento entre ambos líderes acerca de la “necesidad” de cooperar para enfrentar la amenaza que Irán representa para ambos Estados y para la región (Jerusalem Post, 06/03/17). Obsta decir que esto constituye una conformidad de intereses absolutamente distinta a la que existió entre Netanyahu y Obama cuando éste último patrocinó el acuerdo entre el G5+1 e Irán sobre su programa nuclear. Como veremos en los siguientes párrafos, las representaciones que intro-

dujo Trump sobre el terrorismo y el rol de Irán en la región y a nivel internacional, permiten elaborar una serie de observaciones que desarrollaremos en este último apartado.

Esto ocurrió en la víspera de una visita que Netanyahu tenía programada a Rusia, ocasión en la que, efectivamente, comunicó a Vladimir Putin la preocupación que Irán, cuyo gobierno apoya militarmente a las fuerzas del Presidente Bashar Al-Assad, afirme su presencia en territorio sirio. Asimismo, Netanyahu y Putin discutieron sobre el proceso de paz entre israelíes y palestinos – en virtud del impulso que Trump pretende darle al asunto – y sobre el acuerdo de cooperación militar que sus países sostienen respecto al conflicto en Siria. Precisamente, a lo largo del mes de marzo – y como venía ocurriendo desde meses antes – el involucramiento militar israelí en territorio de este país vecino, de creciente notoriedad, suscitó un fuerte rechazo por parte del gobierno de Assad, vinculado a Putin. Sucede que las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) realizan, periódicamente, ataques selectivos a convoyes y vehículos que transportan armamentos, especialmente, a Hezbolá, movimiento libanés inmiscuido en el conflicto y con quien el Estado de Israel sostiene ya una larga enemistad.

Se trata de medidas de prevención libradas por las FDI – aunque no públicamente re-conocidas por sus autoridades – que boicotean el tráfico de armas desde Irán al Líbano. El conflicto de intereses que se produce con Rusia estriba, por un lado, en las alianzas políticas e intercambios comerciales entre el Kremlin y los gobiernos de estos países, y por el otro, en que Netanyahu y Putin mantienen un acuerdo de cooperación militar en términos logísticos para evitar enfrentamientos entre ambos países en espacio aéreo sirio y/o sus intermediaciones. A lo largo de este año, el Kremlin ha manifestado su malestar respecto a las acusaciones de Netanyahu al régimen de Assad de usar armas químicas.

Coincidentemente desde la asunción de Donald Trump, diferentes medios de comunicación sirios y libaneses han publicado en sus portales, que las FDI participaron de distintos operativos que frustraron, como se dijo, transportes de armas. Para Israel, el conflicto bélico sirio ha propiciado desafíos en su seguridad nacional. Por un lado, el crecimiento del Daesh ha llevado a su afianzamiento en el Sinaí, en la frontera sur que mantiene Israel con Egipto, cuya población ha sufrido ya el efecto de atentados terroristas perpetrados por la filial de esta organización en su país. En el sur de Israel, en el desierto del Negev, se localizaron, por otro lado, afiliaciones de particulares y puñados de personas al Daesh, entre la población beduina israelí, que experimenta un proceso de desplazamiento y desmantelamiento de sus aldeas no oficialmente reconocidas por el Estado.

Dentro de la Franja de Gaza, el crecimiento del Daesh ha implicado un desafío sumamente grave para Hamas, cuya hegemonía se ve amenazada por el prestigio que ha asumido este movimiento dentro de la corriente del Islam político, cuyas victorias son percibidas por parte de la sociedad gazí como mucho más significativas y palpables que las que ha ofrecido Hamas desde comienzos de la década de 2000. En el norte, en cambio, los Altos del Golán y la frontera con Líbano han servido de escenario de bombardeos de relativa importancia: si bien no al punto de infligir un daño sustancial a la población israelí y la infraestructura de sus caminos, poblados y puestos de avanzada, el suficiente como para responder. Lo que es más importante, es que ha involucrado a la población drusa del Golán, emparentada por vínculos de parentesco directo con aquella del otro lado de la frontera siria, y que se ha visto amenazada por la acción de distintos grupos inmersos en el conflicto bélico.

En este contexto, las FDI y Hezbolá han intercambiado fuego y producido magras bajas el uno al otro. Podría decirse que se ha sostenido un statu quo mediante el cual ambos han evitado la escalada de un enfrentamiento mayor en virtud de la palpable inestabilidad en que se halla sumida la región. Seriamente debilitada por su participación en el conflicto sirio, Hezbolá no puede permitirse la distracción de una amenaza de mayor magnitud a la que ya enfrenta, y menos aún por parte de su enemigo más importante. Por su parte, las autoridades militares israelíes interpretan que tampoco es deseable, en semejantes circunstancias, provocar una guerra proxy contra Irán al enfrentar a Hezbolá, ni desean tampoco, tomar partido por bando alguno en el conflicto sirio y declarar formalmente la guerra al régimen de Assad, protegido tanto por Irán como por una de los poderes centrales más fuertes: Rusia.

En términos de economía política, tanto Hezbolá como las FDI se ven beneficiadas por mantener la escala de su propia enemistad dentro del margen de una intensidad que sea manejable. Como ya mencionamos, el abordaje diseñado por las FDI para lidiar con amenazas como las que presentan Hamas y Hezbolá fue denominado como “podar el pasto” (Inbar y Shamir, 2014), estrategia que, como adelantamos, consiste en el despliegue de operativos militares y de dispositivos de seguridad que producen un desgaste en la capacidad efectiva del enemigo para producir daño y así, generar un efecto disuasivo para perpetrar futuros ataques. Los mencionados operativos Pilar de Defensa, Plomo Fundido y Margen Protector, en los que se enfrentaron las FDI con Hamas y grupos menores, pueden ejemplificar esta estrategia. En este caso, es decir, en lo que concierne a la seguidilla de operativos que frustraron la logística y transporte de armas desde Irán a Hezbolá a través de Siria, desde fines de 2016 en lo que va del corriente año, la praxis de las FDI puede también interpretarse dentro de la estrategia de “podar el pasto”. Cabe preguntarse por las condiciones en que las FDI han decidido actuar en este sentido con una periodicidad mayor y a expensas de la publicidad de su propio accionar, teniendo en cuenta la posición que ocupa israelí en la red de relaciones de fuerza en la región, y entendiendo los encadenamientos de alianzas que provoca la iniciativa de las FDI en Siria.

Trump y el establecimiento de una sociedad de seguridad global: estrategias de con-solidación de alianzas en el Medio Oriente y Norte de África.

No es nuestra intención plantear que existe una correlación directa entre la asunción de Trump y la escalada de ataques preventivos de las FDI a los operativos de transporte de armamentos y tecnología desde Irán a Líbano, pero sí es posible notar que, dentro de las variables que sí han comportado mutaciones notables respecto a la política exterior de Obama hacia el Medio Oriente, algunas resultan de especial importancia para entender el contexto en que se da la modificación en la actitud de las FDI que venimos dando cuenta: un marco que quizás nos permite aprehender las condiciones en que su presteza para contener y disuadir al enemigo es ejecutada con mayor frecuencia y visibilidad. En concreto, las variables que nos interesa destacar sobre la política norteamericana, en virtud de los cambios que han experimentado durante estos meses iniciales de la presidencia de Trump son su posición respecto a: a) el programa nuclear iraní; b) el conflicto bélico en Siria, la intervención militar extranjera y la yuxtaposición de intereses y alianzas nucleados en torno a esta problemática; c) la lucha global contra el terrorismo, en particular, proveniente de movimientos u organizaciones del Islam político; d) la consolidación de alianzas con determinados países del Medio Oriente en desmedro de otros y en virtud de las representaciones expresadas sobre el punto anterior.

Aquí no podemos analizar cada uno de estos puntos con la profundidad que ameritan, pero intentaremos sugerir cómo una reorientación en la política exterior norteamericana puede afectar a los actores intervinientes en el conflicto palestino-israelí. Nos referiremos, para ilustrar estos puntos, a algunos hechos relevantes que tuvieron lugar durante estos primeros meses del gobierno de Donald Trump. Una de las principales herramientas diseñadas por el gobierno de Trump para corresponder a su propia tematización sobre el peligro que entraña el terrorismo a nivel internacional, fue la firma de la Orden Ejecutiva 13769, titulada “Protegiendo a la Nación contra la Entrada de Terroristas Extranjeros a los Estados Unidos”, y que vinculó estrechamente la identidad y la confesión musulmana con el ejercicio de prácticas terroristas. Precisamente, el 27 de enero de este año, a escasos días de su asunción, Trump tradujo con la proscripción del ingreso al país a ciudadanos provenientes de Irán, Iraq, Libia, Somalia, Sudán, Siria y Yemen y con la limitación del cupo de refugiados sirios que ingresarían al país, la noción de que existen elementos nocivos a la sociedad norteamericana en el Medio Oriente, y que ello se halla relacionado a la práctica del Islam. La Orden Ejecutiva 13769 afectó directamente a Estados inmersos en guerras civiles, conflictos armados, con presencia de células terroristas o de movimientos activos dentro del Islam político, o considerados como una amenaza a la seguridad nacional, y fue matizada por la Orden Ejecutiva 13780, la cual revocó a su antecesora y la re-

emplazó extendiendo la proscripción de ingreso de ciudadanos de los países mencionados por un plazo de 90 días, junto a la suspensión del Programa de Admisión de Refugiados por 120 .

La promulgación de ambas órdenes ejecutivas constituye la consagración de la traducción de una racionalidad política sobre la seguridad nacional que presenta a parte de la población norteamericana – la musulmana – como un factor de inherente peligro debido a las características de su fe: el ingreso de ciudadanos provenientes de sociedades donde tales rasgos se ven exacerbados, implica en el discurso de Trump, un elemento que aumenta la exposición de la sociedad norteamericana a potenciales ataques. En pocas palabras, dentro de esta racionalidad política, el otro cultural representa una amenaza a la continuidad de las características de una forma de la sociedad dentro de la cual son frecuentes declaraciones tales como “el Islam nos odia ”, con las cuales Trump escinde del conjunto de la sociedad norteamericana a una de sus partes. Como tecnología de gobierno, la modulación de la entrada de ciudadanos de países de población eminentemente musulmana, una medida que en el ámbito de las relaciones internacionales, posee los rasgos de una estrategia disuasiva y disciplinadora hacia países aliados del Medio Oriente y el Norte de África.

En mayo de este año, la visita de Trump a Arabia Saudita permitió al Presidente dejar constancia del alineamiento que los líderes de los cincuenta y cuatro países de mayoría musulmana que asistieron a la cumbre Islámico-Americana en Riad debían asumir: una que permitiría el establecimiento de marcos de cooperación en programas de seguridad y de desarrollo militar como el que Trump firmó con el rey Salman de Arabia Saudita. La promoción de cooperación en defensa militar se daría en conformidad con una toma de posición respecto al terrorismo, el cual de acuerdo a Trump, debía ser purgado a partir del involucramiento conjunto de los mandatarios de estos Estados, para alejar a sus propias poblaciones de la exposición a las ideologías que estimulan tales comportamientos, las cuales debían ser erradicadas. Trump responsabilizó a organizaciones y movimientos concretos por la reproducción de un orden mundial en el cual, las fatalidades por ataques terroristas y sus consecuencias reverberarán por generaciones: Daesh, Al-Qaeda, Hezbolá y Hamas, entre “muchas otras”.

En su discurso, Trump enfatizó que la inocencia de la juventud musulmana debía protegerse de dichas corrientes ideológicas y políticas, insistiendo en que la amenaza del terrorismo ha tocado a sociedades de todos los continentes, pero que sin embargo implica una preocupación mayor para las propias sociedades musulmanas, víctimas de las tasas más mortíferas, como las definió, de atentados terroristas. En resumidas cuentas, el contenido de su discurso deja entrever una racionalidad acerca de la seguridad interna de los Estados Unidos, la seguridad internacional y, en este caso, regional, como asequibles en virtud de la inoculación de elementos nocivos: de conductas que deben ser contenidas, disuadidas, revertidas, llevadas a su mínima expresión, en pocas palabras, reconducidas y neutralizadas. De tal modo, el programa de gobierno que parece delinearse desde el gobierno de Trump, orientado al ámbito de los asuntos internacionales, es el de una sociedad de seguridad a escala global. En ella, esta racionalidad política establece que los mandatarios de países de mayoría musulmana deberían asumir que, dada la inclinación que su confesión comporta a prácticas terroristas, la plausibilidad de domesticar la amenaza que de su propio seno brota será mayor a partir de una alianza semejante a la que Arabia Saudita aportó con el ejemplo, pues contarán con los dispositivos necesarios para prevenir la propagación de los movimientos en cuestión y la perpetración de atentados.

Esta racionalidad aleja a Estados Unidos de la responsabilidad de aportar ayuda militar a través de la intervención directa, es decir, de efectuar bombardeos aéreos o enviar tropas a suelo meso-oriental. En este sentido, la responsabilidad por proteger asume características distintas: la economía política de la ayuda económica para mejorar la obtención de armas, tecnologías de seguridad, dispositivos de defensa, evita a los Estados Unidos comprometer su presupuesto al aumentar el gasto en armamentos y el costo político de enviar a sus propias tropas. Desde una perspectiva de la escuela realista, podría decirse que el mensaje de Trump propugna instalar un efecto disuasivo en países aliados que, dadas las complejidades de la expansión del Daesh y de organizaciones afines en la región, han de ampararse en acuerdos de cooperación militar que privilegien a los Estados Unidos en desmedro de Rusia y, por supuesto, de Irán. Desde una mirada

liberal, la instauración de un orden mundial pacífico requeriría, también dentro de esta visión, la cooperación entre países aliados cuyo entendimiento sobre las normas internacionales han de concordar: presumiblemente, podría introducirse la perspectiva del diseño de otro tipo de tecnologías semejantes a las órdenes ejecutivas, sólo que en órganos de las Naciones Unidas. Esto podría dejar por fuera de los marcos legales a la República Islámica de Irán, cuyo programa nuclear es objeto de desconfianza por parte del gabinete de Trump, y podría bloquear el reconocimiento a regímenes de gobernantes de países del Medio Oriente y el Norte de África que actualmente permanecen sumidos en guerras civiles y conflictos entre grupos étnicos, sectarios y partidarios.

Lo interesante es notar cómo los discursos de autoridades políticas como Trump, en este caso, lo que es decir, de países centrales, son tomados por actores regionales para articular estrategias correspondientes a otro tipo de intereses, quizás más vinculados a rivalidades por ejercer una hegemonía o liderazgo político, económico y militar en la región. Nos referimos a la crisis diplomática que tuvo lugar una vez concluida la cumbre y la visita de Trump en la que los gobiernos de distintos Estados del Mundo Árabe-Islámico aislaron a Qatar en virtud de los vínculos que éste país sostendría con grupos terroristas a quienes, sostiene los acusantes, éste país financia. Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Bahrein y Egipto encabezan la lista de Estados, en la que se cuentan también el desplazado gobierno de Yemen, Comoros, Mauritania, Senegal y las Islas Maldivas, que tomaron distintas medidas entre las que se contaron: el cierre de fronteras, el congelamiento de operaciones bancarias y comerciales, el retorno de ciudadanos desde Qatar y la expulsión de diplomáticos qataríes, la prohibición a aerolíneas qataríes de atravesar espacios aéreos como, en el caso de los puertos, de recibir embarcaciones provenientes de Qatar, entre otras.

Asimismo, entre las principales condiciones presentadas por autoridades saudíes a Qatar a través de Kuwait, cuyo gobierno asumió un rol mediador en el conflicto, se contaron el cese de las relaciones diplomáticas con Irán, el cese del financiamiento a entidades que promueven u organizan atentados terroristas, el cierre de la cadena de noticias Al Jazeera (crítica de la situación política y social de países de todo el Mundo Árabe-Islámico) y la expulsión de Qatar a miembros de partidos y movimientos tales como los Hermanos Musulmanes egipcios y parte de la dirigencia de Hamas, exiliados en dicho país. Mientras tanto, los gobiernos de Jordania, Nigeria, Chad y Djibouti, optaron por no cortar relaciones diplomáticas con Qatar pero acompañaron a aquellos que sí lo hicieron adoptando medidas menores en este sentido; y el gobierno libio asentado en Tobruk, en cambio, cortó sus relaciones con Qatar.

En este contexto, el propio Trump expresó inicialmente su apoyo a aquellos gobiernos involucrados en la crisis diplomática con Qatar, responsabilizando directamente a este país por alinearse con organizaciones terroristas y con Irán. Sin embargo, y tras las fuertes críticas con que Rex Tillerson urgió a los países implicados a levantar el bloqueo a Qatar, Trump revirtió su actitud e invistió a su Secretario de Estado con la responsabilidad de mediar entre las partes: es importante recordar que para los Estados Unidos, Qatar constituye un aliado nada despreciable, pues al sur de Doha, capital del país, se halla la base aérea de Al-Udeid, centro de operaciones desde el cual se han desplegado los principales operativos aéreos contra el Daesh y que alberga aproximadamente, 11.000 tropas norteamericanas. La precipitada actitud de Trump de respaldar medidas extremas contra Qatar y comprometer la relación bilateral entre su país y Qatar, en virtud de la relevancia que entraña la cooperación militar entre ambos, puede leerse en el marco de la improvisación que caracteriza la conducta del nuevo Presidente norteamericano que delineamos al comienzo de este artículo.

Para cerrar este apartado, la sucesión de acontecimientos reseñados permite entrever cómo la racionalidad de Trump promueve reacomodamientos de posicionamientos en las alianzas regionales y ha forzado a las dirigencias de estos países a pronunciarse en lo que respecta al encadenamiento de identidades afines y a la expresión de una intensidad de mayor incompatibilidad en la radicalidad de la diferencia cualitativa que entraña dicha posición vis a vis, otros Estados. El caso qatarí evidencia mayores rivalidades que protagonizan actores dentro de la región del Golfo de las que podemos profundizar aquí, pero el objeto de esta presentación es intentar comprender las condiciones históricas en que esto se ha vuelto posible. A una escala

local, ello debe buscarse en la coincidencia de intereses que el gobierno egipcio de Sisi, de los reyes Abdulá de Jordania y Salman de Arabia Saudita, pretenden sostener: en algunos casos, como el egipcio, para consolidar apoyo económico y militar que logre contrarrestar la influencia y la presencia del Daesh en su territorio, y que inflija un daño a un Estado que protege a miembros del gobierno desplazado por Sisi y que financia las actividades tanto del movimiento del cual dicho gobierno fue elegido – los Hermanos Musulmanes – como la avanzada militar y logística del Daesh en Egipto – conocido como WilayatSinai o “Provincia del Sinai” .

Así, la asfixia que Trump ha ayudado a promover en el caso de la crisis diplomática del Golfo del corriente año, sirve para ilustrar los efectos disuasivos con que su política exterior comienza a manifestarse, valiéndose, nuevamente, del estímulo a la iniciativa de terceros actores, que deberán asumir el costo político directo al inmiscuirse en conflictos. Trump, como Presidente de los Estados Unidos, pareciera delinear una economía política de la intervención norteamericana en el Medio Oriente en la cual, hará uso de su investidura principalmente para convalidar y refrendar medidas semejantes a las que se adoptaron contra Qatar; de ser requerido, empleará la fuerza militar de manera excepcional. Así lo ejemplificó la decisión de Trump de ordenar y ejecutar el ataque aéreo del 7 de abril a la base aérea de la ciudad siria de a-Shayrat: este bombardeo de misiles Tomahawk se realizó sin consulta o autorización parlamentaria y constituyó el primer ataque unilateral de los Estados Unidos en Siria. La adecuada modulación de esta serie de tecnologías de seguridad – las órdenes ejecutivas sobre ingreso a los Estados Unidos de ciudadanos de países del Mundo Árabe-Islámico como factor de amenaza de atentados terroristas; el bombardeo selectivo a a-Shayrat; el apoyo a medidas de bloqueo diplomático a Estados “rebeldes” que presumiblemente apoyan organizaciones o gobiernos vinculados al terrorismo – forma parte de una economía política con que los Estados Unidos ha demostrado durante el corriente año, que el ejercicio de la influencia política y militar en el Medio Oriente puede reproducirse y reforzarse a partir de una tematización cuyos elementos discursivos promueven la diferencia radical entre identidades culturales y prácticas.

El Estado de Israel, la oficialización de sus relaciones con el Mundo Árabe e Islámico y el futuro del conflicto palestino-israelí en la era Trump.

Sostenemos aquí que la política de “podar el césped” articulada por las FDI en Siria, volviendo a los ataques selectivos, puede explicarse en un contexto en el cual su principal aliado se halla ejerciendo una práctica semejante. Por otro lado, el factor disuasivo que comporta Rusia sigue existiendo, y las reiteradas visitas de Netanyahu al Kremlin y la comunicación constante que mantiene el Primer Ministro con Vladimir Putin dan cuentas de que la posición de Rusia en Siria no ha de ser desestimada: probablemente, las autoridades correspondientes al sector nacional de la defensa israelí comprendan que se hallan en condiciones de efectuar dichos ataques preventivos y de llevarlos a cabo a expensas de la publicidad que adquieren debido a que la seguridad nacional así lo requiere. Es posible que, en este momento, debilitada Hezbolá y en circunstancias en las cuales Irán puede quedar más aislado que en los últimos años de la era Obama – en la cual pudo oficializar y aumentar sus intercambios comerciales con otros países – las FDI hallen menos elementos disuasivos para actuar.

En cuanto al vínculo bilateral y la perspectiva de reiniciar las negociaciones de paz, a principios de mayo se programó que el día 22 de ese mes, el Presidente Trump arribaría a Israel concluida su visita a Arabia Saudita. Como la propia Casa Blanca dejó entrever a partir de un comunicado oficial, a comienzos de mayo se supo que Trump se reuniría tanto con Netanyahu, como también con Abbas, a quien visitaría en la ciudad de Belén, y desde donde eventualmente, condenaría el atentado terrorista que sacudió Manchester . En virtud de los intercambios entre Trump y Netanyahu, en los que el primero solicitó al segundo morigerar las condiciones de la población en los Territorios Ocupados como pre-condición para rencauzar las negociaciones de paz, el gobierno israelí hizo trascender a los medios que el Gabinete de Seguridad de la Knesset votó el establecimiento de un comité para legalizar complejos edificadas en Cisjordania sin autorización formal, y al mismo tiempo, diseñar una serie de medidas económicas que mejoren las condiciones de vida de la

población palestina (eliminación de restricciones de edificación en áreas urbanas, establecimiento de zonas industriales en Jalameh y Tarqumiye, apertura del Puente Allenby las 24 horas del día) .

El 22 de mayo, Trump arribó a Israel y dio un discurso en el Aeropuerto Ben Gurion, en el cual destacó el compromiso entre Estados Unidos e Israel en virtud de, primero, la historia del Estado: haciendo referencias a la Shoá, a la fortaleza del pueblo israelí, a la sacralidad de la tierra. En segundo lugar, enfatizando la voluntad de lograr un acuerdo de paz respecto al conflicto palestino-israelí, como en lo que concierne a una lucha más amplia contra el terrorismo en la región: Trump destacó el éxito de la visita a Arabia Saudita y el consenso que consiguió de los líderes de otros países árabes. Tercero, proyectando la temática de la seguridad internacional a las próximas visitas que realizaría (al Vaticano y a países miembros de la OTAN) y resaltando la cuestión de la cooperación entre Estados. Cuarto y último, volviendo a enfatizar la cercanía del vínculo bilateral entre Estados Unidos y el Estado de Israel.

En su estadía, Trump se convirtió en el primer Presidente en funciones de la historia de su país en visitar la Ciudad Vieja de Jerusalén, asistiendo a algunos de sus sitios sacros más importantes: en orden, la Iglesia del Santo Sepulcro y el Muro de los Lamentos, a donde acudió acompañado únicamente por personalidades religiosas – no así por el Primer Ministro o funcionario alguno, correspondiendo las expectativas que comentamos previamente. Trump tampoco contó con la compañía de altos funcionarios que regresaron a Washington para atender urgencias políticas, como su alto asesor, Stephen Bannon, o su Jefe de Gabinete, Reince Priebus, ambos de la extrema derecha norteamericana: en el caso de Bannon, a pesar de su públicamente conocido convencimiento antisemita, pro-israelí (Haaretz, 22/05/2017).

Ahora bien, y pasando a los últimos eventos que analizaremos aquí, Greenblat y Kushner visitaron Israel y Palestina y se entrevistaron, respectivamente, con Netanyahu y con Abbas. En junio de este año, la perspectiva que la mediación norteamericana entre las partes lograra iniciar una nueva etapa de negociaciones de paz fue eclipsada a partir de estos encuentros. Precisamente, altos funcionarios y portavoces del Presidente de la ANP manifestaron el enojo de Abbas respecto a la actitud que Kushner y Greenblat, como negociadores designados de Estados Unidos, adoptaron sobre el conflicto: de acuerdo a Abbas, una posición que favorece los intereses del gobierno israelí en desmedro de los suyos. Esto se vio plasmado en la presentación de las demandas israelíes que Netanyahu transmitió a Greenblat y Kushner y que ambos llevaron a Abbas, destacándose el cese del pago de pensiones a militantes encarcelados como gesto para disuadir a la población palestina de cometer actos de terrorismo; el gabinete de Abbas expresó a los medios que el problema reside en la expansión de los asentamientos en Cisjordania, que erosionan la viabilidad de establecer un Estado palestino .

Es en este contexto que, a comienzos de mayo, Hamas pronunció su nueva declaración de principios, en la cual acepta las pautas de la Resolución 242 y modera su posición sobre cuestiones vinculadas a la diversidad cultural y de género, distanciándose de organizaciones extremas como el Daesh, proclamando ampararse en la noción de la Umma, en la aceptación a otras confesiones y culturas, y presentándose como un movimiento de emancipación nacional que redimirá Palestina: lo novedoso, es que a pesar de denunciar la ilegitimidad e ilegalidad del Estado de Israel, la carta de principios señala la posibilidad de crear un Estado palestino dentro de los límites de 1967. Este gesto de Hamas no bastó para diferenciarse de las entidades asociadas con el terrorismo: Trump no dejó de incluirla en su discurso en la cumbre Islámico-Americana en Riad, Abbas no se mostró propenso a acercarse y recomponer un gobierno de unidad con la dirigencia del movimiento y Netanyahu desestimó la publicación de esta nueva carta de principios de lleno. Sin embargo, este esfuerzo por correrse del aislamiento que cae sobre los Hermanos Musulmanes - desplazados del poder y perseguidos judicialmente o exiliados de Egipto - y de distanciarse del Daesh - con quien Hamas mismo antagoniza en Gaza - tiene lugar en este momento histórico, donde la diferencia fundamental entre identidades políticas es reforzada por la exacerbación de rasgos de alteridad entre un eje terrorista - amenaza a escala local, regional e internacional - y otro que lo combate.

Conclusiones

Comenzamos este artículo intentando distinguir la irrupción de un quiebre en la orientación de la política norteamericana hacia el Medio Oriente y, en dicho sentido, en lo relativo al conflicto palestino-israelí. Observamos que el alineamiento propuesto por Trump en términos de alianzas políticas, económicas y, especialmente, militares, supone la exacerbación de las diferencias identitarias entre un “nosotros” con respecto a un “ellos”: la sociedad norteamericana se halla fragmentada en dos de acuerdo a la variable religiosa, y el Islam, constituye dentro de la racionalidad de Trump, una confesión aparejada a ideologías extremas que exponen a la nación a la inminencia de atentados terroristas. Esto no sólo no es nuevo, sino que constituye una continuación con respecto a la guerra global contra el terror iniciada por el ex Presidente George W. Bush: sin embargo, sí son otras las circunstancias históricas en que se re-edita esta racionalidad y, en principio, es en dicho contexto histórico en el cual debemos hallar la explicación de la adopción y emergencia de tecnologías de gobierno tales como las órdenes ejecutivas N°13769 y 13780. La noción que las conductas de la población norteamericana, como de la población musulmana a nivel internacional, son objeto de técnicas que propenden a su disciplinamiento para alejarlos de prácticas semejantes, da cuenta de ello.

En el plano de las relaciones internacionales, la réplica de este tipo de medidas tiene su eco en los discursos que dio Trump en Arabia Saudita, en Israel y en Belén, y que se manifiestan con las alianzas que consolidó: no sólo propugnó reafirmar su liderazgo como potencia mundial en la región, sino que estimuló la emergencia de la crisis más alarmante que los países del Golfo con mayoría sunnita hayan protagonizado en décadas. Esto es así, dado que al implicar una alteridad radical entre un nosotros/pacífico-ellos/terrorista, los intereses de distintos gobiernos del Mundo Árabe-Islámico hallaron el intersticio desde el cual presionaron conjuntamente a aquellos que se presentan como aliados de partidos, movimientos y organizaciones con intereses y fines antagónicos: eminentemente, los gobiernos de Qatar e Irán, asociados al financiamiento del Daesh, de Hamas y de Hezbolá.

La posibilidad que en estas circunstancias, los gobiernos saudí, jordano y egipcio, promuevan la oficialización de vínculos diplomáticos y comerciales entre el Estado de Israel y países árabes, alcanza nuevas dimensiones. Del mismo modo, la presión de estos gobiernos a Trump para que a partir del congelamiento de la política de asentamientos se inaugure una nueva etapa en las negociaciones de paz, y así, se agilice dicho proceso de apertura de relaciones diplomáticas con Israel, es un factor que opera en la actitud del gobierno israelí que, reconociendo los rasgos de una nueva proporción en la red de relaciones de fuerzas regional, hesita menos en el uso de la fuerza para disuadir y prevenir ataques provenientes desde la frontera norte, o al menos, mejorar sus posibilidades de neutralizarlos.

El respaldo institucional norteamericano en la ONU, capitaneado por Nikki Haley, y las buenas relaciones que, hasta el momento, mantiene el gobierno de Netanyahu con el propio Trump, abren la puerta a un capítulo nuevo del conflicto. A la fecha, se observa que la apertura de Trump a nuevas alternativas para la resolución del conflicto no terminan de esclarecer cuál es la propuesta que los norteamericanos introducen a las partes implicadas: en cambio, todo pareciera indicar que a mediados de 2017, desde la improvisada respuesta de febrero, el gobierno de Trump sigue sin poseer un curso de acción preciso ni de privilegiar un modelo para resolver el conflicto por otro. Lo que sí es posible aprehender hasta aquí, es que Trump opta por delegar en las misiones diplomáticas de sus funcionarios el cauce de las negociaciones con una y otra parte, como también, por hacer valer su intervención personal: así lo ha hecho al dirigirse a Netanyahu y a Abbas, y así lo hizo en el caso de la crisis que permanece inconclusa con respecto a Qatar.